



Dos usuarias de la residencia Santa Teresita en La Cistérniga, Valladolid.

PABLO REQUEJO / PHOTOGENIC

los a rajatabla», contaba entonces.

Pasados otros doce meses, sigue detectando esas carencias que aún no se han revertido. «Hay una carencia de una vida afectiva, de familiares que vengan a verte, de nietos que venían y te abrazaban, y por precaución lo hacen menos. Las limitaciones desaniman y lo tratamos de contrarrestar con terapias y actividades. Pero igual que las cosas no son tan graves como al principio, esto será transitorio», reflexiona esperando.

El presidente de las residencias de Castilla y León, Diego Juez, detalla cómo han evolucionado en este tiempo y da una visión global, aunque cada centro ha pasado su propia experiencia marcada por el contagio o la ausencia de este

y por los confinamientos y la limitación de visitas: «Nunca lo pasaremos como lo hemos estado pasando al principio. Ha sido la época más dura de nuestra vida, la de la época del Covid, porque en esta segunda época para las residencias ya no es la del Covid, sino la de Ómicron. Ahora, de manera general, no enferman igual y no tiene las consecuencias drásticas y radicales que en los inicios. Desde el punto de vista sanitario, a las residencias la vacuna nos ha dado la vida».

Cuando se asomó hace un año a las páginas de este diario, Diego Juez hablaba de los días más aciagos en «los que se morían diez, doce... pero no eran cifras. Se nos moría Juan, Paco, Francisca...», decía.

Explica Juez que los desafíos actuales atañen a cuestiones diferentes, «sociales» también, pero que tienen que ver más con la gestión y las familias. Burocracia, problemas para encontrar personal en momentos críticos y especial celo para combinar seguridad con una estancia confortable. «Ahora se ha tenido dificultad en cubrir las bajas de personal» y queda pendiente esa reapertura definitiva de los centros a los familiares.

«Hay que abrir las residencias. Queda un poco el miedo que hemos pasado, pero si toda la sociedad vamos a conciertos y al fútbol, también hay que abrirlas. Tenemos que convivir con las familias porque ya no es la situación dramática del principio», insiste el representante autonómico de estos centros, que confía en que tras la sexta ola se instale la normalidad.

También Eva Sampietro espera que no haya que esperar otra vuelta al sol para «recuperar del todo una vida más normal, sin este miedo que hemos tenido». Lo quiere ya. «Vamos hacia la normalidad con cierta tranquilidad. Estoy deseando volver a lo que era antes. Tengo unas ganas inimaginables de volver a hacer equipo con las familias. De hacer una fiesta. Todos al aire libre como hace la gente. De disfrutar, familia, trabajos y residentes. De estar tranquilos».

mo la que recibió Ángela de sus convivientes en la que ponía que «las situaciones complicadas no duran mucho, las personas valientes, sí» para sacarle una sonrisa, o el mensaje de ánimo hacia Laura: «Cuanto más fuerte es una tormenta, más rápido pasa». Manuscritos personalizados que buscaban «que se sintieran menos solos dentro del aislamiento y supieran que les echábamos de menos», expresa Eva Sampietro, que subraya que «se emocionaban mucho» en momentos en los que el miedo estaba muy presente. «En muchos casos existe patología de base y temían por si se complicaba. Ellos mismos si enfermaban se preocupaban».

A 20 kilómetros de Salamanca se encuentra una de las tres residencias que gestiona Alberto Rodríguez, en el pueblo de Belenía. Hace un año ya lamentaba que se daban «pasos para atrás de menos calor». «En el camino nos dejamos humanidad. Todo se medicaliza. El ambiente familiar de concordia se perdió y tiene un poco de hospital. La convivencia era muy viva y ahora rigen protoco-

ÁUREO, EL PINCHAZO DE LA ESPERANZA

Los primeros en poner el brazo. «Lo recordamos con una alegría bárbara. Uno de los buenos recuerdos de la vida», cuenta el primer vacunado de la Comunidad

A. C. OLCESE VALLADOLID

«Menudo jaleo. Fue mucha emoción». Nunca había recibido tantísima atención. Ese domingo fue a la capilla de la residencia, pero no a misa. Todos los focos se dirigían hacia él. Castilla y León entera estaba pendiente de un hombre jubilado que pasó su vida arando en el campo en el palentino Alba de Cerrato, y a sus 88 años que se convertiría, al menos por unos momentos, en la imagen de la esperanza de esta Comunidad en medio de la

peor crisis sanitaria de la historia reciente. Se llama Áureo, aquel 27 de diciembre se sentó junto a los bancos del templo reconvertido en centro de vacunación. Se arremangó la camisa y puso el brazo a disposición de la enfermera. Y de su tierra. Fue el primer vacunado contra el Covid de Castilla y León. El pinchazo que abrió paso al resto dio «un poco de tranquilidad» a la residencia Santa Eugenia, en un pueblo de Palencia, Cevico de la Torre, donde reside, y a personas de otros muchos rincones de la Comunidad. Al fin llegó el día. «Como uno de los buenos recuerdos de mi vida porque ha sido eficaz». Así recuerda hoy Áureo aquella ajetreada e intensa mañana.

«Visto los resultados, estamos muy contentos. Y contento también porque la residencia me eligiera a mí para ser el primero», cuenta y precisa que por aquel invierno «no se sabía muy bien qué iba a pasar». «Era la ignorancia de qué nos pasará», comenta. Con el conocimiento que otorga el tiempo, Áureo califica de «un éxito» la inoculación y también, no haberse contagiado por Covid ni él ni sus compañeros de hogar. «No ha entrado el virus. Vivimos en un humilde pueblo donde entra el aire por todos los lados, y el virus no ha entrado. Pero nos ha costado mucho sacrificio. Hemos estado mucho tiempo sin poder salir».

Este palentino, antes del primer confinamiento, caminaba largos paseos por el exterior y durante mucho tiempo tuvo que conformarse con los infinitos pasillos de su residencia, «que no se pueden comparar». «Espero que el Covid pase ya, pero todavía está dando vueltas y da guerra. Todavía hay que tener cuidado».

La directora de su residencia, Mari Bilbao, también tiene marcado el 27 de diciembre en su calendario personal.



Momento en el que Áureo recibe la vacuna. ICAL

«Nos dio luz. La vacuna nos dio un poco de esperanza en un momento muy triste», recuerda la directora de esa residencia, Santa Eugenia, en el palentino Cevico de la Torre. «La gente mayor se moría y están en las residencias así que la situación era crítica para los centros, aunque nosotros tuvimos la inmensa suerte de que el Covid no nos entró».

Mari relata que «había mucho miedo hasta que llegó la vacuna». «Todo el mundo queríamos que saliera una vacuna. Lo veíamos como la única salida y fuimos afortunados de ser los primeros de Castilla y León que pusimos el brazo. Mucha gente no es consciente. Se ha pasado muy mal y lo que nos queda porque esto va a rachas y la vacuna fue una alegría bárbara», indica.

24.169 CASOS de Covid detectados en residencias, lo que supone más de la mitad de los usuarios

25%

DE PERSONAS mayores de 65 años viven solos en Castilla y León

11

FALLECIDOS en una semana de principios de marzo de 2020 en una residencia de Soria. Fue un indicador de lo que se avecinaba